



JAVIER MARTÍNEZ-PINNA

MUERTE
Y RELIGIÓN
EN EL MUNDO
ANTIGUO

Luciérnaga

MUERTE Y RELIGIÓN EN EL MUNDO ANTIGUO

JAVIER MARTÍNEZ-PINNA



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Javier Martínez-Pinna López, 2019.

© de las imágenes de interior: Georges Jansoone (JoJan) - Own photo by uploader at the Musée d'Anthropologie préhistorique of Monaco; Nic McPhee of British Museum with Cory and Mary; Osama Shukir Muhammed Amin / The British Museum, London; PHGCOM / Museo del Louvre; MountainPix / Shutterstock; G SIOEN / DEA / GETTY IMAGES; Petr Bonek / Shutterstock; Gordana Adziewa / Shutterstock; Serge Ottaviani / Wikimedia; Anton Belo / Shutterstock; Ginolerhino - Artaban / Wikimedia; Vodjani/tullstein bild via Getty Images; José Luiz Bernardes Ribeiro / Wikimedia; Diego Delso / Wikimedia; Mohammad Reza Domiri Ganji / Wikimedia; Hoika Mikhail / Shutterstock; Timothy Harding / Shutterstock; I, Sailko / Wikimedia; Abriendomundo / Shutterstock; Samuli Lintula / Wikimedia; Lourdes Cardenal - Museo de Delfos; Architas / Wikimedia; Μαρσάς / Museo Arqueológico Nacional de Atenas; Heracles Kritikos / Shutterstock; Wolfgang Sauber / Wikimedia; I Giovanni Dall'Orto / Wikimedia; Desconocido / Wikimedia; Wolfgang Sauber / Wikimedia; Jon Bodsworth's / Wikimedia; eFesenko / Shutterstock; Archivio Paolo Monti; I, Sailko / Wikimedia; Route66 / Shutterstock; I, Sailko / Wikimedia; Loudon dodd / Museo Vaticano / Wikimedia; © I, Sailko / Wikimedia; Classical Numismatic Group, Inc. / Wikimedia; Rama / CECILL / Wikimedia; Falconaumanni / Wikimedia; David Gonzalez Rebollo / Shutterstock; Pippo-b / Wikimedia; G.dallorto / Wikimedia; Livioandronico2013 / Wikimedia; Mentnafunangann / Wikimedia; Cruccone / Wikimedia; Ryarwood / Wikimedia; I, Sailko / Wikimedia; Catarina Belova / Shutterstock; Coyau / Wikimedia; Andrew Shiva / Wikipedia; Stephen Shephard / Wikimedia; Kevin Standage / INDIAN TRAVEL PHOTOGRAPHY; AngMoKio / Wikimedia. Iconografía: Grupo Planeta.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Imagen de la cubierta: Wellcome Collection

Primera edición: julio de 2020

© Edicions 62, S.A., 2020
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-18015-19-9

Depósito legal: B. 7.512-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

SUMARIO

Introducción	13
------------------------	----

PARTE I PRIMERAS CIVILIZACIONES

1. La búsqueda de la inmortalidad	
en la Antigua Mesopotamia	23
El dios que muere y resucita	23
Vida después de la muerte	31
Magia, espíritus infernales y seres demoníacos	36
2. El más allá en Egipto	41
Vivir para morir.	41
Primeras manifestaciones funerarias	
en el Egipto predinástico.	50
Tumbas para la eternidad	55
<i>El libro de los muertos</i>	63
3. Escatología Irania	69
Las religiones primitivas de Irán	69
Los Santos Inmortales. La religión de Zoroastro	74
Magia y rituales funerarios.	80

PARTE II
GRECIA

4. Hades: el inframundo según la mitología grecorromana	93
El origen del mundo.	93
El Tártaro y el reino de Hades.	98
5. Muerte, magia y rituales funerarios en la Antigua Grecia . . .	103
Esclavos de los dioses.	103
La muerte en Grecia.	110
Las reliquias en el mundo griego.	116
La adivinación. Oráculos y necromancia	119
6. Las religiones místicas	129
La crisis de la religión olímpica.	129
Los misterios de Eleusis. Perséfone en el reino de Hades.	134
El orfismo. Una nueva forma de entender el más allá	141
7. Helenismo. Magia y más allá	151
El destino del alma	151
La muerte según las principales escuelas filosóficas	158

PARTE III
ROMA

8. La muerte en Etruria	165
Demonios en el inframundo etrusco	165
La tumba etrusca como morada de los espíritus.	171
9. El inframundo y lo trascendente en la Roma primitiva	177
El nacimiento de la religión romana. Dioses, héroes civilizadores y rituales funerarios	177
Fiestas en honor a los antepasados	180

10. La religión en la Roma republicana.	187
El hecho religioso durante la República.	187
El <i>funus</i> y el más allá.	194
Sepulturas.	203
Magia y hechicería.	215
11. Muerte, magia y astrología durante el Imperio romano.	
Cristianismo primitivo.	223
El culto al emperador.	223
La astrología en el Imperio romano.	226
Hombres divinos.	233

PARTE IV
RELIGIONES Y MÁS ALLÁ

12. La inmortalidad según las grandes religiones	
monoteístas	247
El <i>olam habá</i> (mundo venidero) según el judaísmo.	247
La resurrección de las almas según	
la religión cristiana.	254
Solo los fieles entrarán en el paraíso.	261
13. La muerte según las religiones orientales.	265
Karma, samsara y nirvana.	265
Creencias y mundo del más allá en las religiones	
de la India, China y Japón.	269
Epílogo.	281
Bibliografía.	287

LA BÚSQUEDA DE LA INMORTALIDAD EN LA ANTIGUA MESOPOTAMIA

El dios que muere y resucita

Los seres humanos siempre hemos intentado comprender la trascendencia que tiene la muerte, desde que tomamos conciencia de ella hasta que tratamos de evitar la extinción del ser a partir de una serie de ritos funerarios y elementos mágicos destinados a garantizar la vida en el más allá. El estudio de los restos arqueológicos, de los libros sagrados y de los relatos mitológicos de las primeras civilizaciones históricas nos permite entender la enorme diversidad de creencias e ideas que los distintos pueblos y culturas de nuestra antigüedad han desarrollado para tratar de explicar la naturaleza de la muerte. Algunos, como los egipcios, la consideraron como el resultado de la desintegración de los diversos elementos que forman el ser, casi todos como un proceso en el que la parte espiritual del individuo se libera de su parte física. Las grandes religiones monoteístas optaron mayoritariamente por la resurrección, mientras que en Oriente se impuso la creencia en la reencarnación. En algunas ocasiones, pueblos totalmente obsesionados con la idea de la muerte trataron de explicar y analizar cada una de sus fases y dejaron por escrito sus conclusiones en una serie de textos mágicos como *El libro de los muertos* en el Antiguo Egipto o el *Bardo Thödol* tibetano. La muerte, como el amor, nos sugiere nuevas ideas y sentimientos, por lo que aparece como un fenómeno recu-

rrente en la obra y el pensamiento de todo tipo de artistas, escritores, filósofos, teólogos y músicos. Como tal, puede ser interpretada como el principio de una nueva existencia, como un retorno al mundo primigenio del que hemos salido, aunque también como una limitación de la existencia, signo inequívoco de nuestra finitud.

Para encontrar las evidencias más antiguas de la creencia en el mundo del más allá tenemos que desplazarnos hasta los albores de nuestra historia, aunque, desgraciadamente, los primeros restos asociados a contextos funerarios dejados por el hombre prehistórico son de muy difícil interpretación. Según los investigadores, el primer resto arqueológico que nos sugiere este tipo de creencia se encontró en el importante yacimiento español de Atapuerca. En la conocida como Sima de los Huesos, los investigadores hallaron un extraño bifaz elaborado por el *Homo Heildebergensis* hace unos 400.000 años. La pieza, que fue bautizada por sus descubridores con el nombre de Excálibur, apareció junto a los esqueletos de treinta individuos, lo que hace pensar que fue depositada en este lugar a modo de ofrenda para poder ser utilizada en la otra vida. No hay nada que podamos afirmar con rotundidad, pero todo parece indicar que el desarrollo del pensamiento simbólico y trascendental es, como indicaría la presencia del bifaz en la zona de inhumación colectiva, muy anterior a lo estimado. Con el *Homo Sapiens*, durante el Paleolítico Superior, las pruebas materiales que nos hablan sobre la creencia en el más allá son, en este caso, incontestables, tal y como podemos comprobar al estudiar las representaciones artísticas que nos legaron, sus enterramientos y las ceremonias realizadas asociadas, como la generalización de ajueres funerarios para que el muerto pudiese disfrutar de ellos en el otro plano de la existencia, o de ciertas costumbres como enterrar al muerto en posición fetal o el intento de representar el color de la sangre al considerarla el fluido vital, cuya pérdida provocaba debilidad, inconsciencia y, en último término, la muerte.

Entre los pueblos primitivos fue práctica habitual el intento de reintegrar la sangre en el cadáver para reanimarlo y favorecer su nuevo nacimiento. En algunas ocasiones, los antropólogos han llegado a constatar el derramamiento de sangre sobre el cuerpo del fallecido como parte del complejo ritual, pero en el caso de la prehistoria, los arqueólogos solo han podido corroborar la utilización de pigmentos rojos y sustancias similares para producir el mismo efecto. En Grimaldi, en la Riviera italiana, se encontraron en la Grotte du Cavillion los huesos de un individuo coloreados con un polvo rojizo, mientras que en la Grotte des Enfants apareció una cabeza rodeada de almagre. En este mismo yacimiento está constatada la existencia de ajuares funerarios, especialmente conchas marinas situadas alrededor de las cabezas de los fallecidos. Durante mucho tiempo, se consideró la posición fetal de los esqueletos hallados en tumbas paleolíticas como el intento de propiciar su nuevo nacimiento, pero en la actualidad se considera que esta postura contraída podría responder al interés de representar la postura normal del sueño, e incluso a la intención de evitar que el fantasma del muerto (ahora con las piernas atadas) pudiese escapar de la tumba para molestar a los vivos. Al lector le puede resultar extraño, pero la creencia en este tipo de espectros fantasmales es muy anterior a lo que en un principio pueda pensarse, tal y como observamos al estudiar las fuentes escritas, tanto de carácter mitológico como literario, de las primeras civilizaciones históricas. Tendremos ocasión de comprobarlo.

Durante el Neolítico y las primeras civilizaciones históricas, el paso a una forma de vida basada en la producción de alimentos trajo consigo el surgimiento de nuevas estructuras sociales y, por lo tanto, cambios decisivos en lo que se refiere a las creencias religiosas y la consideración de la muerte, ahora relacionada estrechamente con el ciclo de las cosechas. Para comprender la nueva relación del ser humano con el mundo de lo trascendente, ya no disponemos, únicamente, de restos



Esqueletos de una mujer y un adolescente encontrados en 1901 en la Grotte des Enfants. Museo de Antropología Prehistórica de Mónaco.

materiales, sino de unos relatos mitológicos (ya en época histórica) cuyo estudio nos permite intuir la existencia de ideas arquetípicas de origen ancestral que se fueron transmitiendo, de generación en generación, hasta pasar a formar parte de nuestro inconsciente colectivo. La lectura de los mitos sumerios y acadios, recogidos en centenares de tablillas de arcilla, nos informa sobre la forma en la que los distintos pueblos asentados en la región de Mesopotamia interpretaron el origen del universo, la creación del hombre y, por supuesto, el destino que le esperaba al ser humano cuando atravesase el umbral que debería llevarle hasta la otra vida.

Cuentan los mitos sumerios que antes de la existencia del cielo y la tierra, el mundo se encontraba en un estado embrionario, latente, al igual que la vida. Fue entonces cuando la diosa Maunmu pudo engendrar a los dioses: An, el dios del cielo, y Ki, diosa de la tierra. De su unión nacieron el resto de los dioses del panteón sumerio, entre ellos Enlil, que logró dar forma al firmamento y Enki, el señor de la tierra.

Los sumerios pensaban que en un principio no existían el mal, el dolor, la enfermedad o la muerte. Todo permanecía en un estado de perfección y felicidad, pero el drama se produjo cuando, en el paraíso, Enki decidió comer ciertas plantas antes de haberle asignado su función. En cuanto a los hombres, existen distintos mitos que hacen referencia a su creación. Uno de ellos admite que brotó de la tierra, mientras que otros afirman que fueron unos obreros divinos los que moldearon al primer ser humano con arcilla, a imagen y semejanza de los dioses. En lo que todos los mitos coinciden es en la convicción de que el hombre fue creado para servir a los propios dioses y, en cierto modo, en la creencia de que compartían la misma naturaleza divina. El ser humano no era esclavo de ellos; su función era reemplazarlos en el trabajo de la tierra y, por supuesto, garantizar su sustento, así se sacralizaba la agricultura que, junto con la construcción de los templos, es la principal actividad a la que se debían dedi-

car los hombres para garantizar el orden y el equilibrio en un mundo que estaba permanentemente amenazado.

Según el pensamiento sumerio, el universo se regeneraba constantemente, pues el orden cósmico estaba turbado por la presencia de seres monstruosos, como la gran serpiente, pero también por las muchas faltas cometidas por los hombres; unas faltas que solo podían purgarse mediante complejos rituales religiosos llevados a cabo por la casta sacerdotal en el interior de unos templos cada vez más colosales. A pesar de todo, el trabajo de los sacerdotes no siempre era efectivo para aplacar la ira de los dioses, por lo que, en algunas ocasiones, estos tomaron la decisión de acabar con el mundo de los hombres mediante una serie de catástrofes que, con el paso del tiempo, habrían quedado grabadas en nuestra memoria colectiva.

El mito del diluvio universal se extiende de forma prodigiosa por todos los pueblos de la tierra, incluso cuando entre ellos no tenemos constatada la existencia de relaciones previas. Entre los elementos comunes destacamos la presencia de un mundo en irreversible decadencia, destinado a quedar sumergido en las aguas como paso previo a su resurgimiento desde el caos acuático. En algunos casos, las causas del diluvio hay que buscarlas en los pecados de los hombres, en otras ocasiones todo se debía a la caprichosa voluntad de unos dioses que pretendían recrear un cosmos que consideraban envejecido y debilitado, pero siempre como una forma de castigo divino al comprobar que los hombres se habían rebelado contra su destino: servir a sus creadores. Dentro de los mitos del diluvio, uno llama la atención por su antigüedad y por la influencia que tendrá sobre narraciones mitológicas posteriores. Nos referimos al que nos ha llegado a través del poema acadio de Gilgamesh.

Cuenta la leyenda que Enlil, dios del viento y de las tempestades, decidió acabar con la humanidad porque le resultaba ruidosa y estridente, pero antes de desatar la furia, el

dios Enki sintió compasión y por este motivo advirtió a Ut Napishtim de lo que estaba a punto de ocurrir. Enki, señor de la tierra, le ordenó la construcción de un arca para embarcar a su familia, junto a algunos animales y semillas. Cuando Ut Napishtim completó su trabajo, una fuerte lluvia descargó sobre el mundo de los hombres. Durante seis días y siete noches no cesó de llover y, al cabo de ese tiempo, todos los hombres, mujeres y niños habían fallecido; todos, por supuesto, excepto Ut Napishtim y sus acompañantes.

Como en relatos mitológicos posteriores, el poema de Gilgamesh nos cuenta que cuando la tormenta se había debilitado y las aguas que anegaban el mundo comenzaban a bajar, el héroe mesopotámico decidió soltar un ave para comprobar si la lluvia había cesado definitivamente. Así fue. El episodio del diluvio también se conoce en la mitología sumeria, pero en este caso el protagonista recibe el nombre de Zisudra, quien es trasladado hasta el país de Dilmun, donde construyó el arca. Tras el diluvio, el sol volvió a brillar y ante él se postró Zisudra que fue, finalmente, recompensado por los dioses con la inmortalidad y el aliento divino. Lo realmente llamativo del mito del diluvio es que presenta grandes similitudes con otros relatos que se desarrollan en otras religiones, algunas situadas en contextos espacio-temporales muy distantes de la antigua civilización mesopotámica. Un claro ejemplo es el que se narra en el Antiguo Testamento, en el libro del Génesis, y que tiene a Noé como protagonista. Si estas coincidencias resultan asombrosas, más lo es el hecho de que podamos encontrar historias semejantes, entre otras, en la mitología hindú, griega, maya y azteca.

Otro relato mitológico de origen mesopotámico y cuya influencia se prolongará con el paso de los siglos es el que nos cuenta la pasión entre Inanna —diosa del amor y de la guerra— y Dumuzi, un ser mortal cuya unión con Inanna lo

termina convirtiéndose en dios pastor y de la fertilidad. Este relato nos permite comprender la concepción que se tenía en el área mesopotámica de la idea de la muerte, a la que se relaciona con el ciclo de la naturaleza. El mito comienza hablando del amor que sentía la diosa por Dumuzi; era tan intenso que decidió bajar hasta los infiernos para privar a su hermana Ereshkigal de su poder sobre el mundo de los muertos y así poder disfrutar de la compañía de su amado para el resto de la eternidad. Mientras Inanna descendía hacia el lugar donde moraban los seres del inframundo, tuvo que ir atravesando las siete puertas, y en cada una de ellas un demonio la iba despojando de sus vestidos y joyas hasta dejarla completamente desnuda y sin poder alguno. Al ver el estado en el que se encontraba Inanna, su hermana Ereshkigal la fulminó solo con su mirada, por lo que un terrible grito de dolor se oyó en todo el firmamento. Afortunadamente, una amiga de Inanna llamada Ninshubur había recibido instrucciones por parte de la diosa por si algo malo le ocurría en su viaje hacia el inframundo, por lo que de inmediato solicitó la ayuda de Enlil. El señor de los cielos ordenó a dos mensajeros que emprendiesen el camino en busca del cuerpo sin vida de Inanna, cargados con pócimas y remedios para devolverla a la vida. Después de superar muchos peligros, lograron hallar el cadáver y reanimarlo, pero los siete jueces del infierno no se lo pusieron nada fácil a la diosa, ya que le advirtieron de que si quería recuperar la vida debería volver hasta los infiernos con un sustituto divino que ocupase su lugar. Así, una legión de demonios acompañó a Inanna hasta la tierra con la orden de hacerla volver si incumplía su promesa.

La diosa recorrió varias ciudades, pero en cada uno de los lugares que visitaba terminaba apiadándose de sus dioses protectores. Un día llegó hasta Uruk y allí descubrió a Dumuzi, que, en vez de sentirse afligido por la desaparición de la diosa, se mostraba radiante, vestido ricamente y sentado en el trono de la ciudad de la que se había convertido rey.

Fuera de sí, Inanna fijó su mirada sobre él, la venganza pronto caería sobre su antiguo amor; Dumuzi fue el elegido para ocupar su puesto en el infierno. Aterrorizado, el nuevo rey de Uruk trató de esconderse camuflándose entre un redil de ovejas, pero los demonios lo capturaron y, tras torturarlo, lo condujeron hasta el mundo de ultratumba. Ereshkigal, cuando vio el estado en el que se encontraba Dumuzi, sintió compasión por él, por lo que le permitió a Inanna, que ahora sufría por la pérdida de su amado, que cada año pasase seis meses en el infierno en sustitución del dios pastor.

Desde ese momento, Dumuzi morirá cada año, y pasará al país de la oscuridad y la muerte, del que nadie lograba volver, pero a los seis meses la Diosa Madre le seguiría para obtener su liberación. Estamos ante un mito del dios anual de la vegetación que muere y resucita coincidiendo con el ciclo de las cosechas.

Vida después de la muerte

Como ha quedado dicho, el historiador tendrá que esperar a la aparición de los primeros documentos escritos, especialmente los de carácter sagrado, para tratar de comprender algo mejor la naturaleza de las creencias religiosas y la concepción que tenían las primeras civilizaciones sobre la vida después de la muerte. Durante mucho tiempo se pensó que el chamanismo, del que tenemos indicios desde hace unos 20.000 años, habría sido el antecedente de todas las religiones. Este se basaba en la creencia de que todo elemento material estaba dominado por fuerzas y espíritus invisibles, y de que la muerte era un mero estado de transición dentro del círculo evolutivo. El chamán consideraba que la voluntad de estos espíritus podía ser modificada a partir de la realización de una serie de rituales mágicos. También que era posible entrar en trance y comunicarse con los espíritus para que les permitiesen abandonar

su propio cuerpo y entrar en el mundo sobrenatural, y de esta forma hallar respuestas a todas las preguntas que el hombre primitivo se hizo en un mundo hostil y desconocido.

El chamanismo interpretaba el universo como un todo dividido en varias partes, conectadas a través de un eje que, en algunos casos, se denomina «el árbol del mundo». Generalmente se hablaba de un mundo superior, representado por las ramas del árbol en donde habitarían los dioses y los ángeles. El mundo intermedio, que se correspondería con el tronco, sería el lugar en el que moraba el ser humano y, finalmente, el mundo subterráneo, las raíces, donde se encontraban los espíritus de los muertos. En algunas tribus africanas, el hecho de la muerte se entiende como un simple viaje hacia otro mundo, pero con el convencimiento de que el espíritu es capaz de regresar para visitar a los miembros de su familia. Esta misma creencia llevó a algunas comunidades primitivas, tal y como se observa al estudiar el registro arqueológico, a ubicar las tumbas cerca de las unidades de habitación, incluso debajo de las casas, para que el espíritu pudiese reunirse fácilmente con los suyos. La evolución de estas creencias chamánicas primigenias hacia sistemas religiosos más complejos parece observarse al analizar las fuentes materiales y los relatos mitológicos de la civilización sumeria, pero en el caso de la muerte, la visión era algo más negativa, sobre todo para las clases menos favorecidas.

En la antigua Mesopotamia, la vida después de la muerte se entendía para el común de los mortales como un viaje hacia un lugar lúgubre, tenebroso y vil, donde el espíritu del fallecido se vería obligado a realizar un peligroso recorrido a través de un río subterráneo. Posteriormente, debería franquear siete altas murallas para finalmente alcanzar un infierno llamado Irkalla. Este inframundo era considerado realmente nefasto, ya que era el lugar a donde iban a parar todos los malos hábitos de los que habitaron en el mundo de los vivos: sus vicios, sus impurezas y sus rencores. Allí no existía

la luz ni la esperanza y las almas se veían obligadas a afrontar una vida eterna sumida en la tristeza y el pesar. Estas ideas tan pesimistas sobre el mundo de la muerte explican el interés del gran héroe de la mitología mesopotámica, Gilgamesh, cuando tras la muerte de su amigo Enkidu decide marchar hacia el oeste, a la región de la muerte, por ser el lugar por donde se ponía el sol, debido a su obsesión de conquistar la inmortalidad ante los dioses:

Me aterra la idea de la muerte, por eso llego con la paz perdida. El destino de mi amigo me oprime, esta es la razón de mi viaje. ¿Cómo podré callar? ¿Cómo podré gritar? Mi gran amigo se ha convertido en polvo; Enkidu se ha transformado en tierra. ¿Tendré que yacer yo también en el suelo y no renacer durante toda la eternidad?

Estas palabras, escritas hace miles de años, transmiten una angustia que siempre hemos sentido, la del miedo a no ser, la pérdida de nuestra consciencia, un sentimiento que, como dijimos, ha quedado reflejado en la obra de artistas, escritores y filósofos. Cuando regresó de su viaje por el inframundo, Gilgamesh consiguió evocar al espíritu de su amigo fallecido pero este, para no apenarlo, decidió permanecer en el silencio.

Según las creencias sumerias y acacias, tras la muerte, las almas estaban condenadas a vagar en un mundo sombrío y triste, aunque no todos sufrían este triste destino. Los más ricos, los grandes guerreros y los héroes podían encontrar el consuelo al disponer de un lecho donde poder descansar eternamente y agua pura para no sentir la acuciante tortura de la sed. Los reyes, en cambio, podrían disfrutar de todas las comodidades que habían tenido en vida. En el *Poema de Gilgamesh*, la diosa Siduri se dirige de esta manera al héroe mesopotámico: «¿Por qué recorres el universo? No encontrarás lo que buscas. Cuando los dioses crearon a los hombres, los destinaron a la muerte, solo para ellos se reservaron la vida eter-

na». A pesar de estas palabras, los mitos insisten en la creencia de que el espíritu del fallecido no desaparecía completamente tras la muerte del individuo, de ahí la importancia del ritual funerario y de dar al difunto digna sepultura y ofrendas. El análisis del material arqueológico, como el descubierto en el Cementerio Real de Ur, nos permite corroborar la creencia de que el destino del alma no era el mismo para todos.

Este yacimiento, situado al sureste del gran Zigurat de Ur, fue excavado entre 1922 y 1934 por Leonard Woolley, en asociación con el Museo Británico y el Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania. Tras la finalización de los trabajos de investigación, se catalogaron unos 1.850 enterramientos situados en uno de los sectores más privilegiados de este enclave de la actual provincia iraquí de Dhi Qar. Las tumbas fueron utilizadas durante un largo periodo de tiempo, entre el 2650 y el 2050 a.C.

Una buena parte de las tumbas encontradas consta de pequeñas cámaras a las que se accedía por un pasillo inclinado (dromos). Algunas son más complejas, con varias estancias o habitaciones por las que se distribuyen los ajuares funerarios. Entre las peculiaridades presentes en las tumbas reales de Ur, encontramos la evidencia de sacrificios humanos y animales, similares a los documentados en Egipto durante las primeras dinastías. En tumbas como la de la princesa Puabi, aparecieron 70 individuos sacrificados (posiblemente narcotizados antes de morir y ser enterrados), lo que parece indicar la creencia de que el fallecido requeriría de los mismos cuidados que tuvo en vida, pero a partir de ahora en el otro mundo. Entre todas estas tumbas destacan algunas (unas 16), por sus dimensiones, pero sobre todo por la calidad de los objetos encontrados en su interior, lo que ha llevado a considerarlas lugar de reposo de los reyes sumerios de la I Dinastía de Ur, como Meskalamdug, Shulgi y Amar-Sin.

En estas tumbas de gran riqueza, los fallecidos fueron enterrados en simples ataúdes hechos con materiales no suntuo-



Sello cilíndrico con escena de banquete
funerario en la tumba de la reina Puabi
en Ur, Museo Británico.

sos, como madera, mimbre o arcilla. Incluso llegaron a ser envueltos con una sencilla estera, pero junto a ellos apareció un gran ajuar formado por piezas de gran valor, realizadas con oro, plata, lapislázuli y conchas. Entre las más representativas destaca una estatua datada a mediados del III milenio antes de nuestra era, en la que aparecen dos carneros apoyados sobre un árbol, todo con bella manufactura, pero sobre todo el conocido como estandarte de Ur, realizado con conchas, cornalina y lapislázuli, que fue sometido a un riguroso proceso de reconstrucción por estar totalmente deteriorado en el momento de su aparición. Al parecer, el estandarte no fue más que una caja de resonancia de algún tipo de instrumento musical, aunque no podemos asegurarlo. En él se distinguen dos caras, la de la paz y la de la guerra; la primera con la representación de un banquete y la segunda de una batalla. Igual atención merece el casco de Meskalamdug, encontrado en la tumba PG 1054. Existen muchas dudas a la hora de conocer la identidad de este personaje, pero generalmente se le considera el padre de Mesannepada, fundador de la primera dinastía sumeria, que logró derrotar al rey de Kish e incluso al mítico Gilgamesh. Meskalamdug fue hallado en un sencillo ataúd de madera, acompañado de una gran cantidad de armas, entre ellas una daga, y un fabuloso casco realizado en oro.

Por lo que hemos visto, podemos deducir que el monarca y su familia seguirían disfrutando de un tipo de vida similar a la terrenal en el más allá. La presencia de instrumentos musicales, armas e incluso concubinas nos indica que podría seguir gozando de ciertos placeres eróticos, banquetes y cantos, mientras que para el resto de los mortales su destino no era tan halagüeño, al menos en un principio. La sofisticación de las piezas que formaban parte de algunos ajuares funerarios y la riqueza de algunas de sus tumbas ha llevado a los arqueólogos a proponer un nuevo punto de vista en lo que concierne a la visión que los sumerios tenían del mundo del más allá. La complejidad de sus rituales y la presencia de sacrificios humanos fue el argumento esgrimido para encontrar posibles similitudes entre el mundo mesopotámico y el egipcio pero, desafortunadamente, la escasez del registro arqueológico de naturaleza funeraria hace que sea imposible establecer su evolución y, aún menos, equipar los rituales mesopotámicos con los que nos encontramos en el Egipto dinástico.

Magia, espíritus infernales y seres demoníacos

En el mundo acadio se desarrollaron desde fechas muy tempranas unas técnicas con las que se pretendía adivinar los hechos futuros para mejorar la vida del hombre. Como vimos, el pensamiento religioso sumerio centró su atención en el desarrollo de la mitología y la comprensión de sus dioses, mientras que el acadio se mostró más preocupado por el ser humano y sus problemas diarios: la enfermedad, la supervivencia en un mundo hostil, la protección contra seres infernales y, sobre todo, la muerte. La mántica (o arte de la adivinación) se desarrolló especialmente en Babilonia, al considerar la creación como algo descifrable, por lo que el sacerdote trataba de establecer una comunicación directa con unos dioses que nunca podían mentir cuando daban una respuesta aunque, en dema-



Instrumento musical encontrado en el Cementerio Real de Ur. Museo Británico.

siadas ocasiones, se decantaban por permanecer en silencio y, más habitualmente, por dar respuestas ambiguas, lacónicas y de muy difícil interpretación.

Para obtener presagios, los adivinos aplicaron criterios establecidos después de muchos siglos de investigación, sobre todo mediante la observación de las vísceras de los animales sacrificados. El hígado, los pulmones y los riñones, entre otros, se analizaron con detenimiento —tanto su color como su tamaño—, debido al convencimiento de que a partir de ellos se podría intuir la voluntad de los dioses; a esta técnica se le ha atribuido un origen paleolítico y relacionado con la existencia de grupos tribales cazadores-recolectores. Los adivinos babilonios también se valieron de la astrología, y de la oniromancia o interpretación de los sueños como técnica para predecir lo que aún no había ocurrido. De igual forma, se conseguían presagios observando el comportamiento de los animales, el vuelo de las aves o el movimiento de las serpientes y, por supuesto, mediante los oráculos, muy habituales en Babilonia y en toda Caldea.

Los presagios no siempre eran positivos para aquellos que deseaban conocer el futuro, pero al menos tenían la posibilidad de acudir a la magia para evitar su cumplimiento o lograr que recayeran sobre otros. La religión babilónica destacó por el desarrollo de la magia. Su uso estaba pensado para combatir a los demonios, unos seres repulsivos, de aspecto animal, crueles e insensibles a las desgracias y plegarias humanas. Tal y como leemos en las tablillas encontradas en las bibliotecas de Babilonia, estos seres malignos solían dejarse ver durante la noche por las aldeas y ciudades de la región, provocando el pánico entre sus habitantes. Los magos también tenían la facultad de luchar contra los encantadores de ambos sexos, los espíritus de los difuntos y los fantasmas. Lamashtu, hija de An, era un demonio femenino sumamente temido, ya que, al ser infecunda, se solía cebear con los niños y sus madres.

Según la mitología mesopotámica, Lamashtu se alimentaba de niños lactantes a los que raptaba mientras sus madres dormían para comerse su carne y beberse su sangre. De igual modo se la consideraba responsable de los abortos después de tocar siete veces el vientre de la madre gestante y, por último, de la muerte repentina de los niños en la cuna. Su odio y resentimiento también lo padecieron las madres y, en alguna ocasión, hombres adultos a los que devoraba sin que nadie pudiese hacer nada por impedirlo. Contra ella solo podía actuar la magia y, por eso, después del nacimiento de los niños, sus padres los protegían con amuletos que tenían la imagen de Pazuzu, el rey de los demonios del viento, portador de la peste, las plagas, el delirio y la fiebre. Pazuzu es, por otra parte, un demonio relacionado con la muerte. Se le solía representar con cuerpo de hombre, cabeza de león, cuernos de cabra, garras de ave, alas de águila, cola de escorpión y pene con forma de serpiente. En la figurilla que se conserva en el Museo del Louvre lo vemos con la palma de la mano derecha hacia arriba y la izquierda hacia abajo, una posición que simbolizaba la vida y la muerte, la creación y la destrucción. Al considerar los males físicos y espirituales como consecuencia de la influencia negativa de un espíritu o un ser sobrenatural, cuando se producía la enfermedad o una malformación física, el individuo acudía al exorcista.

Aunque la influencia de las creencias mesopotámicas fue inferior a la que tuvo la egipcia en otros sistemas religiosos posteriores, debemos reconocer el desarrollo de la magia y la demonología, y su perdurabilidad en otros contextos espacio-temporales muy lejanos, para comprender la aparición de algunos conceptos e ideas que aún hoy siguen teniendo aceptación; tanto es así que, tras la caída de Babilonia, el recuerdo de sus dioses principales se mantuvo pero con distintos nombres. Por poner un ejemplo, el equivalente semítico de Anu sería el dios El, utilizado en ocasiones por los israelitas para referirse a Yahvé. En el Antiguo Testamento



Figurilla de Pazuzu en el Museo del Louvre, datada en el primer milenio antes de Cristo. En la imagen aparece con la palma de la mano derecha hacia arriba, y la izquierda hacia abajo, una posición que simbolizaba la vida y la muerte, la creación y la destrucción.

también se puede rastrear la influencia de la mitología sumerio-acadia en narraciones como la del diluvio, el tema del paraíso y la lucha entre pastores y agricultores (Caín y Abel). Algunos salmos judíos evidencian una fuerte influencia de determinadas plegarias babilónicas, al igual que ciertos libros sagrados: el Cantar de los Cantares o el Libro de la Sabiduría. La adivinación acadia influye, del mismo modo, en la aruspicina etrusca a través de Siria y Anatolia, mientras que la astrología tiene, en su origen, uno de los pilares fundamentales en la religión mesopotámica.